

VII

Eulalia con su familia buscó en el Pedregal refugio de la epidemia asoladora.

En agosto, cuando la ausencia del cólera-morbo, de México, hubo tranquilizado los ánimos, la joven se desposó con su amante y vive feliz con él.



LA ADIVINACION.

—Vamos, bella gitana, decidme la buena-ventura.

—Vida mía, mirad que hay en los horóscopos cosas que suelen espantarnos hasta á nosotras.

—¡Ay, Dios! ¿Pues qué, os parece que habrá algo malo en mi porvenir?

—Tal vez....

—Bueno, bueno; decidme, decidme siempre la buenaventura.

Y así diciendo, la joven que tanto afán manifestaba por saber lo que el porvenir encubre bajo con su gruesa y negra capa y que solamente á Dios es dado ver, extendió, entre temerosa y resuelta, poniéndosele ora encarnado, ora amarillo el ros-

tro, su primorosa mano, muy más propia para excitar pensamientos de amor que no ideas quiromantescas.

¡Oh, felices tiempos! ¡Felices tiempos aquellos en que la superstición y el absolutismo dominando á la par en el mundo, disponían á su sabor de la suerte del género humano! ¡felices tiempos aquellos en que se creía en brujas y encantamientos, en aparecidos y en milagros! ¡Felices tiempos, feliz edad en que á nombre del cristianismo, se quemaba á las criaturas de Dios, y á nombre del monarca, el ungido del Señor, se cometían todo género de violencias y atrocidades! ¡Ay! ¡La filosofía y la civilización lo han echado todo á rodar: tronos, supersticiones, barbarie, absolutismo, nada ha dejado en pie su atrevida, su temeraria mano!

La joven, pues, que se desvivía por saber su horóscopo, extendió su manecita y aguardó con miedo é impaciencia que la gitana pronunciara sus agüeros.

La gitana, con arreglo á las fórmulas de la quiromancia, (1) tomó entre una de las suyas, la mano de la que invocaba su ciencia y con aspecto grave, y mirando de vez en cuando á la cara de la doncella, puso en aptitud de ejercer su terrible ministerio.

No infundía terror la gitana, pues era

(1) Arte de adivinar por las rayas de la mano.

joven y bonita, y no tenía espejuelos, y los espejuelos contribuyen poderosamente á dar á la fisonomía una expresión de extraña gravedad que no pocas ocasiones asusta y desagrada.

Examinó sucesivamente la línea de la vida de la joven, la de la salud, la de la fortuna, el monte de Júpiter, el de Saturno, el del sol, etc.

—Ahora bien, señorita, dijo después de un largo rato de meditación y examen, contando los vocablos que profería y abriendo en toda su extensión sus hermosos ojos y clavándolos en la joven; ahora bien, señorita, vos teneis de ser muy cortejada de apuestos galanes, teneis de amar con mucha ternura, teneis de pasar por más de cuatro desengaños y . . . pero ¿veis este color subido del monte de la luna? pues bien, niña de mi vida, ahí está la señal de que vais á tener muchos pesares . . . tal vez no casaros con quien querais más, tal vez...

La joven al comenzar á oír esta serie de adverbios de duda, que en su mente se representaban como un acompañamiento de fantasmas vestidos de luto que van pasando por delante de nuestros ojos uno por uno y el último de los cuales trae tal vez á cuestras un cadáver, la joven, pues, retiró presurosamente su mano, como si se la hubiera abrasado, interrumpiendo así á la gitana.

Y por cierto que, sea dicho entre nosotros, nada tenía de pasmoso la predicción de la quiromántica. Que la doncella debería ser muy cortejada, bastaba ver cuán hermosa era para pronosticarlo, y en cuanto á que lo sería por apuestos galanes, har-to lo daban á esperar su calidad y sus atavíos; que había de amar con mucha ternura, bien lo advertían lo dulce de su voz, lo apacible de su semblante; en cuanto á desengaños, ¿quién no pasa algunos en esta vida? y por lo que hace á los pesares, ¿no son ellos por ventura la herencia que nos legó nuestro primer padre á todos los que vestimos carne humana?

No fué, según esto, la mano, ni fueron tampoco sus rayas, coyunturas y eminencias, las que sirvieron de motivo para los agüeros de la quiromántica, la cual no pronosticó penetrando en el sancta sanctorum del corazón de la joven; fué sí, y así sucede siempre, examinando su fisonomía y tomando en cuenta su edad y sus hechizos. Algo pudo haber dicho que tuviera verdaderos visos de profecía y quizá iba á dejar escapar de sus labios ese algo, al tiempo que la doncella retiró su mano.

La gitana se quedó mirando á la joven con cara entre compasiva y adusta.

—Id pues, con Dios, díjole después de un rato, y consuélalos el pensamiento de que hay en el cielo quien pueda torcer los decretos del destino.

Dichas estas palabras, arrancadas quizá por el profundo abatimiento que se advertía en el semblante de la doncella, la quiromántica se ausentó, y la joven viéndose sola, considerando en lo temerario del paso que había dado, tomó el camino de su casa.

II

A los cinco años ama uno á sus juguetes, á los diez á sus amigas, á los quince á su amante: en el intermedio de un año á quince, lo mismo que de sesenta para adelante, tocándose los extremos, no ama uno á nadie.

Loiska amaba; pero no á sus juguetes ni á sus amigas: á lo menos si es que amigas tenía y si es que profesaba afecto á sus amigas, no era por amistosa curiosidad por lo que se había arriesgado á ir á interrogar el porvenir.

Digámoslo de una vez, pues ya lo advina la amable lectora: Loiska tenía un amante, apuesto doncel, "é pluribus unum," elegido entre muchos. Y este amante, este apuesto doncel, este elegido entre muchos, la amaba hasta la idolatría, si es que no mentían las apariencias.

No sabían los padres de Loiska que estaba enamorada la doncella: menos aún

quién era el objeto de su amor. Entre tanto Loiska vivía contenta sin esperanzas ni deseos; pero una noche ocurrióle al demonio que nos sopla los sueños infaustos, representarle su enlace de ella con Ludovico como una cosa irrisoria, como una cosa imposible.

Grande fué la impresión que el tal sueño hizo en la imaginación de la doncella, y á fuerza de cavar en él vino á determinarse á consultar á una agorera, casta de gente que abunda en todos tiempos y en todas partes y que no se extinguirá mientras la razón esté ofuscada por la credulidad, mina inagotable de los charlatanes de todo género.

Loiska después de haber pretendido recurrir á la adivinación para saber si era posible que fuese cierto lo que soñado había, después de no haber tenido valor para escuchar hasta el fin el pronóstico de la gitana por temor de que la quiromancia confirmase el sueño, regresó triste y pensativa á su casa, donde á poco de reflexionar, hubiera dado la mitad de los días de su vida por no haberse apartado de la agorera sin lograr el objeto que se había propuesto. Había remedio todavía, pues de la propia suerte que había conseguido verse una vez con la quiromántica podía volver á consultarla, á la misma ó á otra cualquiera; pero hay casos en la vida en

que por insoportable que la duda sea, tal terror causa uno de los extremos del dilema que nos presenta la imaginación, que no tenemos valor para sustraernos del tormento de la incertidumbre.

III

Terrible cosa es el odio.

Un odio bien amasado, bien nutrido, bien fermentado con la memoria constante del agravio recibido, se comunica de padres á hijos, se vuelve una enfermedad hereditaria é incurable como la tisis. Verdad es que hoy día casi no se ven de estos odios más que en el teatro, en esos dramas de puñal y veneno que llenan de grato terror el alma de los espectadores; pero no por eso deja de haberlos en el mundo, que también es un teatro. Ahora, si el hijo ó la hija, el nieto ó la nieta por acaso se libró del contagio, no tuvo parte en la funesta herencia, ¡dedichada de ella!

Completa discordia reinó siempre entre la familia del conde Astolfo y del barón Rodolfo: opuestos en opiniones políticas, rivales en intrétes sociales, contrarios en creencias religiosas, no parecía sino que el demonio de la discordia tenía sentado el real entre ambos. De este desacuerdo, de esta oposición absoluta y constante re-

sultaron agravios recíprocos, y los agravios engendraron odios, y los odios cada día más y más encrudecidos acarrearón rencores mortales.

El barón Rodolfo invadió una vez los dominios de su enemigo, con pretextos al parecer justos, cometió violencias en las personas de los siervos y de las siervas, é hizo en fin, cuantos daños pudo: en desquite, el conde Astolfo deshonoró á una hija de su contrario. No es fácil presumir hasta qué punto hubieran llegado las cosas entre el barón y el conde si la autoridad del emperador no se hubiera interpuesto.

Un día, en el castillo de Rodolfo se presentó él, llamado por un caballero de poca edad, quien, introducido que fué á la presencia del barón, el cual se hallaba próximo á rendir el alma, ordenó, por consejo del sacerdote pío que le agonizaba, que fuese puesto en poder del doncel un pergamino cerrado, á condición y bajo estrecho juramento de que no había de abrirle sino hasta el día en que cumpliese los veinticinco años de edad.

Entre tanto, el doncel, en medio de la vida aventurera que llevaba, fué á parar de paje de Astolfo. Acompañaba á la hija de su señor á las cacerías, y una vez que asustado el corcel de ella estuvo á punto de desbocarse, el joven con temerario

arrojo, contuvo al animal y salvó la vida á su señora.

Esto y el continuo trato produjeron el amor entre ambos, amor muy casto y puro, amor muy reservado y cauto, que al cabo, á despecho de la desigualdad de linajes, no era poco probable que triunfase de la repugnancia del conde, pues éste cada día cobraba más cariño al paje.

IV

—Vida mía, no te creas de agüeros. ¿Acaso es cierto siempre lo que se sueña?

—Sí, ¿pero y lo que me dijo la gitana?

—Loiska, señora mía, no hagas caso de gitanas. Y luego, prenda mía, ¿qué fué lo que te dijo aquella mujer, para que así esté tu pensamiento cavando en ello?

—Ludovico, tú eres muy confiado, tú eres muy incrédulo. ¿No has oído algunas veces estando á solas... no oyes ahora mismo que conmigo estás esa ave que entona un ronco y triste canto, y no ves esa otra ave que pasa y vuelve á pasar, volando como una exhalación por encima de nuestras cabezas? ¡Ay, bien mío! ¿piensas que eso no significa nada, crees que esas cosas no son agoreras de mil males?

Ludovico escuchaba con tristeza á su amada.

—Ayer, prosiguió ella, mi padre y señor, estando yo con él á la mesa, habló largamente de su odio á la familia del barón Rodolfo, odio que yo también tengo, y sin embargo en medio de su conversación se interrumpió de pronto y quedóseme mirando con adusto semblante... ¿Qué puede ser eso, Ludovico; dime, qué puede ser eso?

—Nada, nada, cielo mío. Desecha todos tus temores. Es verdad que yo, pobre de mí, no soy tu igual; pero mañana, mañana, ¿lo oyes, Loiska? mañana es el día crítico....

—¿De qué? preguntó la doncella con terror.

—¡Oh! mañana cumplo veinticinco años.

—¡Ah, sí! y mañana verás á mi padre, te presentarás á él con ese pergamino que no puede menos de revelar cosas muy faustas.... ¡Oh, sí! ¡seremos felices!

Rebosando júbilo y esperanza sus corazones, separáronse los jóvenes, no sin hacerse nuevas protestas de amor, fidelidad y constancia eterna.

Este ha sido el uso, y de muy antiguo, entre los enamorados. No hay sin embargo nada eterno en la tierra. Todo es perecedero en el hombre y el juramento dura á veces tanto como la existencia de la rosa.

V

¿Por qué está Loiska en su aposento bebiéndose con amargo dolor sus lágrimas?

¿Qué se ha hecho el rendido amante, el apuesto doncel que ayer albergaba tantas y tan halagüeñas esperanzas en su pecho?

¡Ah! ¡decía bien el sueño! ¡Ah! razón tenía la gitana.

Ludovico era hijo del barón Rodolfo.

Y el conde Astolfo que había jurado y hecho jurar á su hija que nunca se uniría la familia del barón con la suya, nunca jamás se prestaría á que tuviera efecto el enlace de Loiska con el doncel que ella amaba.

Astolfo, confiado en el amor que le profesaba el conde, le había puesto de manifiesto su origen. Este paso había sido lo suficiente para que Astolfo le despidiera de su servicio, cerrándole para siempre las puertas del castillo....

